

EDUCACIÓN PÚBLICA DIGNA Y PRESTIGIOSA EN COLOMBIA: ¿SUEÑO ALCANZABLE?

*Tras la excelencia docente: ¿Cómo mejorar la calidad
de la educación para todos los colombianos?*

Sandra García Jaramillo, Darío Maldonado Carrizosa, Guillermo Perry
Rubio, Catherine Rodríguez Orgales,
Juan Esteban Saavedra Calvo
Bogotá: Fundación Compartir, 2014, 392 p.

En 2010 Martín Carvajal Chamorro obtuvo el mejor puntaje del departamento de Bolívar en las Pruebas Saber 11. Pese a su corta edad, a este bachiller costeño «le gusta leer clásicos europeos... [apreciar] arte del Renacimiento, practicar el violín, [y] escuchar música clásica de Piotr Ilich Tchaikovsky» (Mineducación, 2010). ¿Qué profesión elige un bachiller con el perfil de Martín? Literatura, en la Universidad de los Andes.

En 2011 Jorge Pérez Alvarino también obtuvo el mayor puntaje de Bolívar en las Pruebas Saber 11, y manifestó en una nota de prensa que «soy de los que piensa que los demás son mejores que tú, en la medida que tú permites que lo sean. Siempre pensaba que yo podía estar entre los mejores y ¡si los demás podían, por qué yo no?..» (Mineducación, 2011). Este joven de actitud ganadora decidió estudiar Ingeniería Civil en la Universidad de los Andes.

Como Martín y Jorge, en Colombia cada año terminan el bachillerato muchachos y muchachas de una inteligencia innata muy superior al promedio, por lo que se destacan en las Pruebas Saber 11.

Para esta «Selección Colombia» del estudio las puertas de las universidades se abren de par en par, usualmente en carreras como literatura, ingeniería, medicina o derecho. Pocos de ellos, sin embargo, se dedican a estudiar Licenciatura (la carrera para convertirse en docente de colegios públicos). Por el contrario, los mejores estudiantes de bachillerato colombianos suelen evitar servir en el sector de la educación pública de primaria o secundaria.

Esta observación – que para el recurso humano más talentoso de Colombia no es atractivo ser maestro – es uno de los puntos centrales del libro *Tras la excelencia docente: ¿Cómo mejorar la calidad de la educación para todos los colombianos?*, de la Fundación Compartir. El meollo del asunto, según los autores, es encontrar

la forma de atraer a los Martín y los Jorge del país hacia la carrera del magisterio docente.

La evidencia sobre las deficiencias en desempeño académico de quienes se deciden por Licenciatura en Colombia no es nueva. Ya en 2011, otros autores «encuentran que hoy en día los individuos que entran a programas de licenciatura provienen de la punta inferior en el puntaje de las pruebas del Estado» (Barón y Bonilla, 2011). Es así como muchos de los maestros de escuela pública en Colombia no están suficientemente capacitados o no fueron los más lúcidos de su generación.

En parte motivados por la poca atención del Estado a la calidad de la educación (en los gobiernos más recientes se ha preferido financiar la ampliación de cobertura), surgió hace varios años la idea de impulsar un estudio que se centrara en la calidad docente. ¿Quiénes están detrás de esta ambiciosa iniciativa reformista? El libro, finalmente publicado en 2014, es el resultado de una investigación dirigida por el ex ministro Guillermo Perry Rubio y un equipo de jóvenes académicos.

Sin embargo, quien quizá es el verdadero artífice de esta publicación es Pedro Gómez Barrero, el reconocido empresario de la construcción, quien desde finales de la década de 1970 creó la Fundación Compartir. Pedro Gómez ha sido cercano a la educación, tanto como miembro del Consejo Directivo de la Universidad de los Andes, como con el «Premio Compartir» que otorga la Fundación Compartir anualmente desde 1999. Fueron Gómez y Isabel Segovia, gerente de la Fundación Compartir, quienes gestionaron la financiación de este trabajo y la conformación del equipo de autores.

La Fundación Compartir, de la mano de Perry y el equipo de investigadores, pretende que con esta publicación el país emprenda una ambiciosa reforma de su educación pública, focalizando la calidad de los profesores. Este no es un libro que trata asuntos como mejoras en infraestructura, mayores usos de tecnologías de información, o la transición a jornada única. En cambio, la obra se enfoca exclusivamente en medidas para mejorar la calidad de la docencia. En mi opinión, es un enfoque acertado: es volver a las soluciones simples que van directo al grano. Después de todo, la buena educación se reduce a contar con buenos maestros y acceso a buenos libros. El resto lo puede hacer el estudiante.

Si de emular a otros países se trata, Colombia debería compararse con sitios en donde el sistema educativo es de primer nivel. En línea con esta idea, en *Tras la excelencia docente* se usan cuatro países como parangón: Singapur, Corea del Sur, Canadá y Finlandia. Todos ellos han elegido políticas públicas que filtran

los bachilleres en la entrada a los programas de Licenciatura. Si no son buenos bachilleres, no pasan.

Los líderes de estos países consideran que los maestros de la educación pública cargan con la responsabilidad más importante de una sociedad. Finlandia, Singapur, Corea del Sur y Canadá tienen en común la dignidad y el prestigio que la sociedad les otorga a sus maestros.

La propuesta que se hace en «Tras la excelencia docente» es seguir ejemplos de cosas que han funcionado en el extranjero para cualificar el ejercicio de la enseñanza masiva. De todos los ejes que tiene la reforma propuesta, sobresale el de incentivos monetarios: se propone un aumento generalizado y colectivo de los salarios reales de los maestros.

En plata blanca un aumento del 18% real, como el propuesto por los autores del libro, implica que un maestro que devengue \$2 millones mensuales pasaría a tener un salario de \$2.430.000 (suponiendo una inflación de 3%). Esto de por sí sería un claro incentivo para que más personas elijan la profesión de maestro, aunque pueda salir costoso para el Estado.

A propósito de los costos, una fortaleza de este libro es que no es nada tímido para incursionar en el análisis costo/beneficio de una reforma de este tipo, citando con destreza temas del presupuesto nacional y de las finanzas públicas. En un par de extensos capítulos los autores describen en detalle los costos de los programas propuestos y ensayan ideas para conseguirles financiación.

¿Qué tanto vale la pena esta propuesta? Mi opinión es que es favorable, a juzgar por su publicitado anuncio de poder transformar en pocas décadas la educación de Colombia para ponerla en el nivel de Finlandia, por un costo de apenas entre 2 y 3 billones de pesos anuales.

Sin embargo, la propuesta también ha sido blanco de críticas, por una supuesta exclusión del gremio docente en la preparación del documento (Reyes, 2014). Además, la lista de cambios tocará muchas fibras del sistema actual: la selección de maestros, su promoción, los currículos de los programas de Licenciatura, la creación de nuevos comités para aseguramiento de la calidad de educación superior, la asignación de jugosas becas, entre otros.

Veamos ahora algunos de los problemas que enfrentaría un cambio tan radical a la educación del país. El primer obstáculo es la envergadura del cambio. En Colombia existen aproximadamente 320 mil docentes en el magisterio (esto es equivalente a la población de Valledupar). No obstante, la cobertura geográfica es tan amplia que muchas regiones apartadas terminan descuidadas, recibiendo

poca atención y maestros no tan buenos. Esta negligencia aumenta las inequidades regionales en la calidad de la educación. Los mejores maestros se concentran actualmente en la región andina, como lo señala el estudio.

Pero la verdadera razón por la que se necesitan más y mejores maestros no es geográfica sino demográfica: existen cerca de nueve millones de estudiantes en educación pública en Colombia, lo que equivale a la población de toda Austria. Tal vez el país en su historia reciente no tiene antecedentes de proyectos sociales con un impacto de esta magnitud.

Una segunda dificultad que deberá enfrentar el proyecto es que la calidad de la educación es muy difícil de definir. No solo es compleja, sino que suele enfrentar dos estilos contradictorios entre sí. De un lado, calidad se asocia a pruebas estandarizadas, hechos tangibles, valorar el resultado en vez del proceso, perseguir metas, imprimir sacrificio a los procesos de aprendizaje, y otras cosas de este estilo. Es en esta vertiente que se favorece la exclusión en la admisión, al igual que en atletismo se prefiere entrenar solo a los más aptos y con mejores genes. Conseguir medallas olímpicas con los poco aptos simplemente es muy costoso.

Por el otro lado, la calidad también se puede asociar con valor agregado, esfuerzo, metas personales, competencias básicas, evitar la exigencia per se (sin un propósito formativo), y dar trato humano a los estudiantes. En esta vertiente se favorece la admisión a todo tipo de estudiantes y no se ve con malos ojos que traigan defectos en la formación previa. No se trata de llegar primeros a la meta, sino de transformar vidas, formar buenos ciudadanos y otras cosas de este estilo. Cuando se habla de calidad de la educación, entonces, se invoca esta dicotomía.

Perry y sus colaboradores no definen la calidad explícitamente, aunque a lo largo del texto sí mencionan algunas prácticas de un docente de calidad, tales como «preocuparse por el bienestar estudiantil» o «recomendar material de lectura adicional».

También son francos en admitir que el «desempeño... [debe reflejar] aprendizaje real y no solo mayor pericia en la presentación de pruebas nacionales» (p. 124). O que «el logro de los estudiantes en pruebas académicas... no depende totalmente de la voluntad del maestro» (p. 128).

Los autores usan un ingenioso artificio para identificar la «calidad» de un colegio. Se considera que un colegio es de alto desempeño «si está en el decil superior de la diferencia entre el valor obtenido en la prueba y el valor esperado dadas las características socioeconómicas, zona y tipo de jornada» (p. 182). Si bien luce razonable, no deja de ser una definición de calidad asociada a pruebas estandarizadas, que no es la definición ideal.

Ya se mencionó que se propone aumentar los salarios de los maestros. Por otro lado, un eje importante de este libro es becar masivamente a buenos estudiantes de bachillerato para incentivarlos a elegir la Licenciatura. Aunque el libro no lo menciona explícitamente, es posible sacar algunas cuentas y deducir que se está hablando de aproximadamente 70 mil becarios anuales.

Tras la excelencia docente y sus recomendaciones de política se entrometen con el status quo reinante en el gremio de maestros y su sindicato, Fecode. Quizá les estén dando un trato demasiado injusto a los maestros actuales, o quizá se perciba que tiene un tono paternalista o condescendiente con ellos, relegándolos a un segundo plano, más pasivo. Es comprensible que algunas reacciones a este libro sean defensivas, porque no sería la primera vez que ven que el gobierno les aprieta las condiciones laborales a los maestros.

Pero, para ser justos, cada conclusión está sustentada en evidencia. Ningún argumento aparece por sesgos ideológicos de los autores, sino que son resultado de una ponderación lógica. Las hojas de vida del cuerpo de investigadores — todos doctores con artículos publicados en revistas indexadas sobre temas de políticas de educación — demuestra la naturaleza científica de este proyecto. Si se concreta (al momento de escribir esto parece que el gobierno de Santos le está dando el espaldarazo), sería una intervención en formulación de política pública digna de aplaudir.

En el caso de uno de los señalamientos más controversiales del libro, sobre las deficientes competencias del maestro promedio, las evidencias presentadas sencillamente son preocupantes. Los datos muestran que, en general, los docentes en colegios de bajo desempeño no van casi a clase, son impuntuales, no tienen posgrado y no son de planta. Un maestro entrevistado confesó que «... yo veía estudiantes que [cursaban una licenciatura porque] era una carrera barata de pagar entonces pues lo hacían por aprender inglés, por hacer algo, por no perder el tiempo, entonces era una gran diferencia...» (p. 206). Si esto es cierto, se confirmaría el bajo nivel de muchos programas de Licenciatura del país y la necesidad de una reforma.

En síntesis, esta publicación es uno de los mejores esfuerzos que se han hecho por documentar qué se necesita hacer para mejorar la calidad de la educación pública de Colombia. El impacto de una inversión sistemática en educación de esta escala (entre \$2 y 4 billones anuales) sería histórico.

Invertir en educación, no solo es importante para la economía, sino para la democracia. En palabras de Martha Nussbaum (2007, p. 303):

Nada es más crucial para la democracia que la educación. En la educación primaria y secundaria los jóvenes adoptan, en una edad crucial, hábitos mentales que les acompañarán durante el resto de sus vidas. Aprenden a formular preguntas o a no hacerlo; a fiarse de lo que oyen o a investigar más en profundidad; a imaginar la situación de una persona diferente o a ver a dicha persona como una amenaza en potencia para sus propios proyectos; a pensar en sí mismos como miembros de un grupo homogéneo, o como ciudadanos de una nación y un mundo conformados por personas y grupos muy diferentes, todos ellos merecedores de respeto y comprensión.

Ilusiona leer el párrafo anterior e imaginar a nueve millones de colombianos formados con estas cualidades y convirtiéndose en valiosos miembros de la sociedad.

Cuando líderes de otros países tuvieron la visión de revolucionar su educación (por ejemplo, la reforma Meiji, en Japón, o la de Nehru, en India) los resultados fueron trascendentales. Sea por el camino sugerido por este estudio de la Fundación Compartir, o por otro camino, la necesidad de lo que los medios han denominado un «Pacto por la Educación» en Colombia es inaplazable. Ojalá que las acertadas recomendaciones de este libro se conviertan en políticas públicas.

Roberto Fortich Mesa

Universidad Tecnológica de Bolívar

REFERENCIAS

- Barón, Juan David., y Leonardo Bonilla (2011), «La calidad de los maestros en Colombia: Desempeño en el examen de Estado del ICFES y la probabilidad de graduarse en el área de educación», Banco de la República, Documentos de Trabajo sobre Economía Regional No. 152, agosto, www.banrep.gov.co [consultado noviembre 5 de 2014].
- Mineducación (2010), «Mejor Saber 11 de Bolívar», www.mineduccion.gov.co/cvn/1665/article-258230.html [consultado noviembre 5 de 2014].
- Mineducación (2011), «Mejor Saber 11 de Bolívar», <http://www.mineduccion.gov.co/cvn/1665/w3-article-291479.html> [consultado noviembre 5 de 2014].
- Nussbaum, Martha (2007), *India: Democracia y violencia religiosa*. Barcelona: Paidós.
- Reyes, Yolanda (2014), «Educación sin educadores», *El Tiempo*, febrero 17.